

## APUNTES PARA NORA

*Federico Guzmán Rubio\**

Desde hace más de un año comparto cubículo con Nora Pasternac. Esto significa que, desde hace más de un año, si no se toman en consideración las horas de sueño, la persona con quien más convivo es Nora Pasternac. Por supuesto, hemos platicado mucho (charlado, diría ella), y supongo que nos hemos conocido bastante, tanto como pueden llegar a conocerse dos personas que, además de compartir un espacio de unos 12 metros cuadrados todas las mañanas, se dedican al mismo oficio y, en buena medida, tienen los mismos intereses. Y Nora es charladora (platicadora, diría yo) y yo también, así que, platicando y charlando nos hemos hecho una idea de quién es el otro, y las palabras que cruzamos se han vuelto un acogedor espacio que compartimos, sin importar que el verbo compartir, por culpa de las redes sociales, ya no signifique mucho más que difundir una noticia falsa a amigos falsos en un mundo falso en el que lo único verdadero es el clic. Pero Nora y yo compartimos cubículo en el sentido que ya no tiene el verbo compartir: en el que, discretamente, pervive en esa realidad sin pixeles que no anda pidiendo permiso para actualizarse.

Pero volvamos al cubículo. Nora ignora lo que yo veo en ella y lo que ella, muchas veces a su pesar, representa para mí. Judía atea, francófila furibunda, con sus lentes oscuros a la Silvina Ocampo, Nora acumula resignada y desafiadamente lo que en buena medida fue el siglo XX,

\*Departamento Académico de Lenguas, ITAM.

lo que no es poco decir. Me atrevería a afirmar que lo mejor y lo peor de ese siglo salvaje y luminoso se encuentra de alguna manera en ella.

No es posible concebir a Nora sin la tragedia de su estirpe: Nora y Marcelo, su esposo, perdieron a varias decenas de familiares en los campos de exterminio nazis. Y si ella no corrió la misma suerte fue porque, años antes, su familia había tenido que huir de los pogromos de Ucrania para salvar la vida. De esta forma, su familia llegó a Argentina, pero no a Buenos Aires, como tantos “rusos”, sino al interior, a fundar un pueblo, como corresponde a los inmigrantes de verdad, y a convertirse en exponentes de lo que se conoce como gauchos judíos, esa mezcla tan inesperada de la que incluso se escribió un buen libro publicado hace más de cien años y del que muchas veces, vaya a saber por qué, Nora y yo terminamos hablando.

Pero tampoco es posible concebir a Nora sin su juventud en el París de la década de 1970, cuando ya quedaba atrás la sombra de la Segunda Guerra y se empezaban a descorchar las botellas de la que fue la mejor fiesta del siglo. Y vaya que Nora la festejó. Ignoro —no ha querido decírmelo, seguramente porque perdió la cuenta— cuántos *pastis*, *bières* o *rouges* se tomó en París, pero sé, a cambio, que fue integrante del seminario de Barthes, que conoció a Lacan, que fue amiga de Saer... Ya se sabe que esa fiesta —cuya capital fue por última vez París, pero que se vivió en buena parte del mundo— terminó muy mal, especialmente para Argentina. Ella y Marcelo conjugaban todo lo que “los milicos” odiaban: la libertad, el deseo de un mundo mejor, el cosmopolitismo y, sobre todo, la felicidad. Esta vez Nora pudo librar la muerte gracias a la generosidad del presidente Echeverría (cuántas veces nos hemos reído a carcajadas de esta expresión; en este caso, felizmente cierta). Y así terminó Nora en un México que acabó queriendo gracias a que se preocupó por conocerlo, por escrito —a través de su literatura, que leyó muy bien— y por carretera, en largos viajes acompañada de Marcelo y de Silvia, la hija de ambos.

Resumir la vida de Nora, como se ha mostrado en los dos párrafos anteriores, significa resumir la historia del siglo XX. Demasiado distraída como para recordar dónde dejó las llaves, Nora, no obstante, supo

estar justo a tiempo donde debía estar y supo salir justo a tiempo de donde había que escapar. Pero a pesar de esta estricta puntualidad con la historia, lo realmente interesante de Nora es lo que dejaron en ella tantos acontecimientos de libro de texto: después de todo, vivir y sobrevivir al siglo pasado no es garantía de nada; basta recordar, para demostrar que con la historia no se aprende mucho, que al siglo XX lo siguió el XXI.

Fatalmente culta por partida triple (por judía, por francófila y por argentina), Nora ha tenido la astucia de sobrevivir, sí, a los mayores horrores del pasado siglo, pero también supo guardar distancias de las más escandalosas de sus supersticiones. En el más extremista de los siglos, Nora no se dejó seducir por ninguno de sus delirios, del maoísmo al estructuralismo (guardando las distancias, por supuesto), y supo mantener lo único que le faltó a una época saturada de novedades: sentido común. Mientras muchos de sus contemporáneos —de los sudamericanos exiliados en Villa Olímpica a los sesentaiochistas encerrados en un Barrio Latino que ya no existe— no tuvieron la fortaleza o la sabiduría de renunciar a sus credos, o bien adoptaron los nuevos fanatismos de moda, Nora, quien nunca creyó ciegamente en nada ni en nadie, se limita a ver con una mezcla de azoro y decepción cómo la izquierda se vuelve cada vez más bobalicona, mientras la derecha, quitada de toda pena, se agrupa en torno de los nuevos conservadurismos.

Nada más lejos de Nora, no obstante, que vivir su tiempo con desapego o no involucrarse en sus luchas. Desde mucho antes de que fuera una prenda más que hay que lucir en las galas de Hollywood, Nora se sumó al feminismo como hay que hacerlo: desde lo público y desde lo privado. En lo público, estudió y rescató la obra de innumerables mujeres que habían sido relegadas de un canon establecido con criterios machistas, y, en lo privado, construyó una familia sustentada en el amor y en la igualdad, familia en la que creció Silvia, quien se convirtió en una destacada cineasta en un país en el que prácticamente no se produce cine.

Ojalá que este siglo se pareciera un poco a Nora: con esto quiero decir que ojalá y nuestro tiempo apreciara y conociera a fondo la cultura sobre la que aún se sustenta nuestra civilización; que fuera estricto

y perfeccionista en lo que se propone, de la pronunciación del francés a la sintaxis del español; que tuviera el inmenso don de la curiosidad y que dejara de lado el chismerío; que fuera generoso con quien quiere aprender e implacable con quien a todo le da lo mismo; que fuera alegre, lúcido, travieso, inteligente e íntegro. Por eso Nora me ha sido y me es tan necesaria, porque me ha enseñado y me sigue enseñando que es posible, a pesar de todo, vivir de acuerdo con lo que uno cree, y que eso es a lo más a lo que se puede aspirar.

Pero volvamos una vez más al cubículo en el que Nora, la argentina más mexicana que existe y viceversa, empieza a recoger sus cosas. Yo me tengo que quedar otro rato a terminar de corregir un paquete de exámenes. No estuvo mal mi día. Conseguí distraerla un momento y, gracias a ello, me indicó que la referencia básica para la procrastinación, a propósito de un ensayo que estoy escribiendo sobre este tema, es Hamlet; me hizo ver que el segundo párrafo de un artículo que acabo de publicar es demasiado confuso; me recomendó la relectura de *Pnin*, por si realmente me interesan las novelas de campus, y me develó cuál era el truco secreto de Barthes para escribir. Ya veré qué le sonsaco mañana, porque, junto con la primera taza de café, al llegar, uno de los mejores momentos del día que empieza es cuando Nora entra en el cubículo apurada, se pone a trabajar y yo me las ingenio para robarle alguna anécdota, ya sea sobre la clase que acaba de impartir, sobre su Chaco natal o sobre el mundo que adoptó, que es la parte del mundo que vale la pena habitar.

Te lo agradezco, querida Nora.